

¿Qué humano en tiempos de biopolítica y gubernamentalidad?

Nelson Fernando Roberto Alba¹
Universidad Santo Tomás de Bogotá
nelsonalba@hotmail.com
<https://orcid.org/0000-0003-2806-7162>

Introducción

Los eventos acontecidos en el siglo XX y los veinticinco años que lleva el siglo XXI nos han mostrado cómo la cuestión de lo humano cada vez más queda en entredicho, aunque también experimente oscilaciones, reconversiones y desplazamientos que buscan resignificarla. Baste señalar entre ellos: las guerras mundiales y los diversos conflictos bélicos con sus propios genocidios y desplazamientos que llegan hasta nuestro presente, ahora hipermediatizados; la consabida globalización económica, política y cultural que ha derivado en una uniformización de las formas de organización social y el establecimiento ideológico de la lógica neoliberal; las crisis económicas, el terrorismo, el extremismo religioso y la subida de la extrema derecha; los diversos fenómenos naturales como las sequías, los terremotos, los tsunamis, las olas de calor extremo vinculados al cambio climático; las pandemias como la mal llamada “gripe española”, el VIH/

1 Doctor en Filosofía, Université Paris VIII, Vincennes Saint-Denis. Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras y director académico del Doctorado en Filosofía, Universidad Santo Tomás, Bogotá.

SIDA, el COVID-19; la exploración espacial, las catástrofes nucleares de Chernóbil (1986) y Fukushima (2011), los desarrollos de la cibernética y la telemática emparentados en el computador, internet, los sistemas de geolocalización, las redes sociales y actualmente en los avances agigantados de la inteligencia artificial.

A ello se suma en el plano intelectual las polémicas, discusiones y problematizaciones que no han dejado intacta la noción de lo humano, su constitución ontológica, su carácter contingente, su ambigua comprensión y sus inescrupulosos usos en diversos campos de la economía, la política y la cultura. En esta perspectiva, el texto busca responder a la pregunta por lo humano y su tipología, particularmente en tiempos actuales en que asistimos a formas específicas de gestión de la vida y de la conducta, que Michel Foucault denominó “biopolítica” y “gubernamentalidad”, respectivamente. Para examinar dicha cuestión, en primer lugar, se aborda lo humano en la perspectiva de una producción continua que, a su vez, supone un límite para sí, pero que también está sujeta a una transformación; todo ello en la perspectiva de las filosofías de Nietzsche y de Foucault, férreos críticos de lo humano. En segundo lugar, se caracteriza, en la perspectiva de Foucault y de sus múltiples comentaristas, las apuestas teóricas que subyacen en la biopolítica y la gubernamentalidad; emparentando dichas apuestas, vehiculadas por la lectura deleuziana de las sociedades disciplinarias y las sociedades de control, con los modos específicos de producción de lo humano. Finalmente, se analiza la manera en que emergen modos específicos de producción de lo humano en las sociedades de control, asistiendo para ello a los trabajos en torno a la “biopolítica molecular” y a la “gubernamentalidad algorítmica”. La ruta de desarrollo propuesta en este texto sigue justamente el mismo orden los objetivos antes señalados.

Lo humano: producción, límite, transformación

Domesticación de la animalidad y configuración de las ciencias humanas

¿Qué es lo humano? Pregunta clásica de la filosofía con múltiples respuestas y pocos acuerdos. No sabemos qué es lo humano, pero generalmente lo damos por sentado. A propósito, señala Pablo Rodríguez (2019): “¿Pero lo humano no es la comprobación más básica, no está hiperexpresado cuando se mencionan los derechos humanos, el humanitarismo, las denuncias de lo inhumano, las fantasías tecno-ontológicas de los transhumanistas, la moda filosófica de hablar de posthumanismo?” (p. 23).

No podríamos aquí dar cuenta de las complejas reflexiones que sobre tal cuestión se dieron durante los siglos XIX y XX, menos aún de las que suceden en la actualidad. Desde el materialismo de Feuerbach y de Marx hasta la teoría crítica de Horkheimer, pasando por la fenomenología de Heidegger y de Sartre, lo humano y la cuestión del humanismo han sido recurrentemente examinados, virulentamente criticados y apasionadamente reafirmados.

El propio Nietzsche hace de esta cuestión un problema que ataca transversalmente en toda su obra, pero, especialmente, en su periodo crítico o de madurez —en obras como *Así habló Zaratustra* (2016b) y *Más allá del bien y del mal* (2016c)— es cuando el tema de lo humano adquiere una relevancia insospechada al punto que trazará el advenimiento de *otro tipo* de hombre y de humanidad bajo la impronta del *übermensch*. El animal humano, lo humano-animal es el resultado de un proceso de crianza (*züchtung*) y adiestramiento (*zähmung*), cuyos medios son la cultura y la civilización y cuyo fin es erradicar la potencia del animal mediante su dominio y el modelamiento de un tipo de hombre con características pulsionales precisas (Wotling, 2013).

La civilización justamente designa en Nietzsche una forma particular de cultura, mientras que esta es entendida “como un conjunto

organizado de interpretaciones hechas posibles por una serie de valores particulares” (p. 22). Remarcarlo es importante, ya que cultura y civilización pertenecen a una forma de producción mediante *la crianza y el adiestramiento de lo humano*. Al respecto apunta Vanessa Lemm (2010): “La forma más efectiva de asegurar el dominio de la civilización es a través de la domesticación y cría de un animal que prospere en sociedad (en el rebaño) y que, librado a sí mismo, perecería” (p. 89).

En esta perspectiva, lo humano es entonces fabricado, cultivado, formado como una tipología sobre el animal y sus impulsos vitales a quien, a través de un proceso cruel y violento, descrito en *De la genealogía de la moral* (2016), se le dota de una “memoria de la voluntad” que lo hace asumir la “promesa de la cultura”. Lo propio de lo humano es la memoria y de lo animal el olvido.

Criar un animal que pueda permitirse prometer —¿no es ésa la labor paradójica que la naturaleza se ha propuesto con respecto al hombre? ¿no es ése el verdadero problema del hombre? [...] ¿cómo hacerle una memoria al animal-hombre? ¿cómo inculcar algo en ese entender que es del instante, en parte obtuso, en parte veleidoso, en esa desmemoria hecha cuerpo, de tal manera que se mantenga presente? (Nietzsche, 2016a, pp. 484-487)

Lemm (2013) no duda en señalar que la cuestión de la animalidad en la filosofía de Nietzsche “contribuye a entender aquello que Foucault denomina umbral de modernidad biológica” (p. 171) y que está estrechamente ligado con la cuestión de la biopolítica. Pero, antes de abordar la biopolítica como un proyecto de dominación y control de los procesos vitales, es necesario mostrar que lo humano, además de ser un producto, a su vez es un límite trazado por epistemes y dispositivos.

Conocemos la posición crítica de Michel Foucault (2010), plasmada en *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, quien señala:

Por extraño que parezca el hombre —cuyo conocimiento es considerado por los ingenuos como la más vieja búsqueda desde Sócrates—

es indudablemente solo un desgarrón en el orden de las cosas, en todo caso una configuración trazada por la nueva disposición que ha tomado recientemente en el saber. De ahí nacen todas las quimeras de los nuevos humanismos, todas las facilidades de una antropología, entendida como reflexión general, mitad positiva, mitad filosófica, sobre el hombre. Sin embargo, reconforta y tranquiliza pensar que *el hombre es solo una invención reciente, una figura que no tiene ni dos siglos, un simple pliegue en nuestro saber, y que desaparecerá en cuanto este encuentre una forma nueva.* (p. 17)

En efecto, la mirada arqueológica puesta en la configuración de los saberes y de su constitución como experiencia en la cultura europea, ha develado que ni la historia ni los saberes en donde se validan persiguen una progresión lineal, sino más bien cambios, rupturas y discontinuidades. En este sentido, el análisis del discurso y de las prácticas que lo constituyen da cuenta de la existencia, en la *ratio* europea, de por lo menos tres epistemes, es decir, de “conjuntos de relaciones que ligan diferentes tipos de discursos y que corresponden a época histórica dada” (Revel, 2008, p. 45). Una episteme del Renacimiento y de siglo XVI, edad de la semejanza y la similitud; una episteme clásica a mediados del siglo XVII, propia de la representación, del orden y de la clasificación; una episteme de principios del siglo XIX que “señala el umbral de nuestra modernidad” (Foucault, 2010, p. 15).

El análisis arqueológico examina diversas transformaciones de las ciencias en cada episteme mediante el análisis del lenguaje (la gramática general se transforma en lingüística), la vida (la historia natural se transforma en biología) y el trabajo (las ciencias de la riqueza dan paso a la economía moderna), y, en dicho examen, establece que el hombre emerge en una episteme determinada, y, al parecer, ya a mediados del siglo XX, estaba llamado a desaparecer por “contraciencias humanas”.

Antes del fin del siglo XVIII el hombre no existía. Como tampoco el poder de la vida, la fecundidad del trabajo o el espesor histórico del lenguaje. Es una criatura muy reciente, que la demiurgia del saber fabricó con sus manos hace menos de doscientos años: pero envejeció con tanta rapidez

que puede imaginarse fácilmente que había esperado en la sombra durante milenios el momento de iluminación en el que al fin sería conocida. (Foucault, 2010, p. 322)

El hombre, lo humano en tanto elemento diferenciador de su doble constitución empírica —como objeto empírico de conocimiento— y trascendental —como sujeto que funda la posibilidad de dicho conocimiento— surge en los umbrales de una episteme que se da sus propias formas de saber: la biología, la filología y la economía política, y, especialmente con el surgimiento de las “ciencias humanas”, por las cuales se hace objeto de un saber y, ambigualmente, sujeto que conoce. “El hombre, en la analítica de la finitud, es un extraño empírico-trascendental, ya que es un ser tal que en él se tomará conocimiento de aquello que hace posible todo conocimiento” (p. 332).

Las ciencias humanas y su constitución como positivities suponen un “acontecimiento en el orden del saber” (p. 358) y son correlativas al surgimiento del hombre; son saberes empíricos que lo abordan como aquello que es entre su positividad y su posibilidad de saber lo que es la vida, el lenguaje y el trabajo. Entre estos saberes se entreteteje la figura del hombre y se instaura un primer momento para las ciencias humanas no sin el mantenimiento de complejas relaciones con las ciencias naturales y la filosofía. En un segundo momento se constituyen “regiones epistemológicas” en la ruptura hecha en la episteme moderna por la vida, el lenguaje y el trabajo: una región psicológica, una sociológica y otra antropológica vía la norma, la regla y el sistema como derivaciones que responden “a las polarizaciones de las ciencias, la matemática y la filosofía” (Rodríguez, 2019, p. 32).

En un tercer momento, ante la imposibilidad de la constitución positiva de las ciencias humanas y por la vecindad problemática de estas con la filosofía y las cuestiones de la formalización y la matematización, a mediados del siglo XX, surgen para Foucault unas “contraciencias humanas” en las que claramente ha ocurrido todo un descentramiento, una dispersión, en últimas, una disolución del hombre y de lo humano: la

etnología y el psicoanálisis apoyados en la lingüística y su modelo estructural de la lengua.

Como producto de un “cambio en las disposiciones fundamentales del saber” (Foucault, 2010, p. 398), las figuras del hombre y de lo humano —surgidas en los pliegues de la episteme clásica y en los umbrales de la episteme moderna— resultan decisivas para entender la contingencia histórica y epistemológica del humanismo en su núcleo fuerte, como lo caracteriza Diana Muñoz (2018):

Otorgar al ser humano un estatuto ontológico excepcional en medio de los otros entes, en virtud de lo cual, II. Se le atribuye un valor absoluto e intrínseco —*dignidad*— a la altura de la cual. III. se espera que se sitúen todas las iniciativas que se emprendan en los ámbitos social, económico político, educativo, etc., si acaso han de aspirar a obtener aprobación ética o política alguna. (p. 43)

Del análisis arqueológico de *Las palabras y las cosas* se sigue una crítica severa a toda forma de humanismo o de reafirmación de lo humano. El humanismo *stricto sensu* como movimiento del siglo XVI y gran reafirmación de la cultura occidental gracias al cual surgen las ciencias positivas en el siglo XVIII para conocer al hombre de manera científica y racional; tal forma de humanismo como motor que impulsó el desarrollo histórico de la cultura y que traza el límite de lo no humano como bárbaro... no existe, nunca existió. El humanismo data de finales del siglo XIX, no existe necesariamente en todas las culturas y, sobre todo, la necesidad de conocer al hombre científicamente no surgió de una preocupación moral. Fue porque se hizo del ser humano objeto de un saber posible que el humanismo contemporáneo planteó sus grandes cuestiones morales (Foucault, 2001a, p. 568). Lo cierto es que para Foucault “nuestra tarea actualmente es liberarnos del humanismo y, en ese sentido, nuestro trabajo es un trabajo político” (2001b, p. 544).

La muerte del hombre declarada por el francés durante el periodo arqueológico orientado al análisis de las prácticas discursivas y la constitución del subsuelo de nuestros saberes sería uno de los presupuestos de

la cuestión de lo humano y del humanismo. El otro presupuesto fundamental se puede entrever en el trabajo genealógico de Foucault durante los años setenta con una orientación bien particular: el análisis de las prácticas no discursivas y la asunción de un modelo estratégico de análisis de las relaciones de poder. Más aún, con el desarrollo de matrices de análisis de las formas de inteligibilidad del poder como la biopolítica y la gubernamentalidad en las que la relación entre poder, vida y formas de subjetivación no deja de complejizarse. Antes de abordar la cuestión de la biopolítica y la gubernamentalidad, objeto de la segunda parte de esta reflexión, me gustaría referirme a la manera en que lo humano se materializa en formas concretas de subjetivación.

No debería considerarse entonces que esta producción del hombre y de lo humano se restringe a una cuestión teórica. Antes bien, opera mediante tecnologías, prácticas, técnicas, procedimientos, discursos, juegos de verdad, instituciones, emplazamientos, saberes, toda una variedad de materialidades como las que pueden constituir, por solo nombrar un ejemplo problemático, la experiencia histórica del colonizado como modo de subjetivación y de objetivación de lo humano. Así lo señala Marcelo Raffin (2023), en un intento de cruzar elementos de la matriz de análisis foucaultiana con perspectivas coloniales y decoloniales en Latinoamérica:

La figura del colonizado aparece particularmente en la clave de la producción biopolítica de “lo humano” mediante las disciplinas, los controles reguladores y la gubernamentalidad, en la doble clave del cuerpo individual y de las poblaciones, que lleva a una operación fundamental de imbricación de la animalidad en la politicidad como ecuación fundamental que define y produce “lo humano”. (p. 35)

Modos de subjetivación de lo humano en las sociedades disciplinarias y las sociedades de control

En su “Post-scriptum sobre las sociedades de control”, un texto menor publicado en 1990, Gilles Deleuze puso en perspectiva el trabajo realizado por Michel Foucault sobre la “instalación progresiva y disper-

sa de un nuevo régimen de dominación” (Deleuze, 2009, p. 285) que el filósofo había vislumbrado, pero no había desarrollado en sus análisis, demasiado circunscritos a la época clásica, es decir, a los siglos XVIII y XIX en Europa.

De este modo, Foucault (2000, 2006) habría analizado la conformación histórica de las “sociedades de soberanía” y también de las “sociedades disciplinarias” restituyendo los focos constitutivos de una experiencia históricamente singular. En el caso de las “sociedades disciplinarias”, estas habrían procedido organizando grandes entornos de encierro como escuelas, familias, hospitales y prisiones para constituir a los individuos en “cuerpos” (individuales y sociales), concentrarlos, ordenarlos y distribuirlos en un espacio-tiempo de manera siempre analógica.

Según Deleuze (2009), este tipo de sociedad correspondía a una dinámica de “larga duración, infinita y discontinua” (p. 284) que, gracias a los lugares de encierro, desplazaba a los individuos de un entorno cerrado a otro. Así, el papel del internado, en tanto que “variable independiente” de otras como la escuela, el ejército o la fábrica, consistía más en individualizar y normalizar al sujeto —hacerlo homogéneo en el lenguaje común de las instituciones— que en producir un sujeto particular a través de la singularización de su comportamiento.

En la “sociedad disciplinaria” las formas de subjetivación —la constitución de los individuos como “sujetos”, y en particular como “cuerpos” pertenecientes a una fuerza productiva— se logran a través del “moldeado” de los internados. El ejemplo que Deleuze da de la fábrica como entorno de confinamiento, como molde, es significativo para comprender un aspecto transversal del texto: la subjetivación social en la época clásica es indisoluble de un proceso de subjetivación económica que no se puede ignorar.

La fábrica y sus “máquinas energéticas” en el siglo XIX ilustran bien la forma social que les dio vida y se sirvió de ellas: una forma de capitalismo industrial encargada de “concentrar, repartir en el espacio, ordenar en el tiempo, componer en el espacio-tiempo una fuerza produc-

tiva cuyo efecto debe ser superior a la suma de las fuerzas componentes” (Deleuze, 2009, pp. 277-278) y cuyo propietario será siempre el Estado o un actor privado.

Este aspecto económico también da lugar a toda una comprensión del sujeto como un hombre que es un “reproductor discontinuo de energía” (p. 282), un cuerpo moldeado, un hombre encerrado e individualizado producido por la tecnología de la disciplina. Sin embargo, el hombre-individuo, perteneciente a una pluralidad de entornos de encierro articulados todos ellos por un lenguaje analógico, es también un hombre-masa, un individuo-masa, un sujeto y una población sometidos a la sujeción social.

Tras esta compleja tecnología subjetiva, la cuestión de su finalidad es imperativa. Pero la respuesta es muy incierta, y más aún si tenemos en cuenta el innegable vigor de los entornos de encierro contemporáneos. Según Deleuze, fue al final de la Segunda Guerra Mundial cuando asistimos a una precipitada mutación de las sociedades disciplinarias hacia una nueva tecnología de poder: el control. Además, añade, esta transición estuvo marcada por una crisis generalizada de todos los centros de encierro.

Para Deleuze (2009), hablar de *crisis de las instituciones* implica, en cierto modo, hablar de “la instalación gradual y dispersa de un nuevo régimen de dominación” (p. 285), que se hace cada vez más patente cuando los Gobiernos no dejan de anunciar reformas que se presumen necesarias para gestionar la agonía actual de instituciones como las cárceles, las escuelas, los hospitales y las fábricas.

¿Qué aspectos caracterizan a esta nueva tecnología subjetiva? A mi entender, Deleuze va más allá de establecer una oposición o incluso un antagonismo entre la “sociedad disciplinaria” y la “sociedad de control”, y las ve en una especie de correlación asincrónica, en la medida en que la crisis de las instituciones resulta de la conjunción de una intención estatal de liquidar los entornos de encierro y una contestación social que, al exigir esta misma liquidación, justificaría la invención de nuevas tecnologías de poder más próximas al control.

Si los distintos entornos de encierro procedían sobre la base de un “lenguaje analógico” —en tanto que transmite información sobre las relaciones establecidas entre los sujetos atendiendo a los aspectos kinésicos y paralingüísticos— para constituir a los individuos como “cuerpos” organizados y distribuidos en un espacio-tiempo constitutivo de una fuerza productiva, el control procedería de otra manera. El control sería a corto plazo y rápido, continuo e ilimitado, diseminado por todas partes en un régimen de invisibilidad. Además, “los diferentes ‘controlatorios’ son variantes inseparables que constituyen un sistema de geometría variable cuyo lenguaje es *digital*” (p. 279). No se trata de individualización y normalización, sino de la división del sujeto, es decir, de la fragmentación subjetiva del individuo en relación con la propia dinámica del control.

Asistimos así a la emergencia de una nueva forma de subjetivación que no busca producir individuos a partir de “moldes” dados por los internados, sino producirlos a partir de la “modulación”, es decir, como un “moldeado autodeformante que cambia constantemente y a cada instante, como un tamiz cuya malla varía en cada punto” (p. 279). De esta forma, la subjetivación social contemporánea, íntimamente ligada a un proceso de subjetivación económica, tendría como meta la constitución de un individuo dividido y fragmentado, un *dividual*.

En este sentido, la empresa, más que la fábrica, se convierte en el régimen de control que, para Deleuze, ilustra muy bien este modo actual de subjetivación: “La empresa, en cambio, instituye entre los individuos una rivalidad interminable a modo de sana competición, como una motivación excelente que contrapone unos individuos a otros y atraviesa a cada uno de ellos, dividiéndole interiormente” (p. 280). La empresa, con sus máquinas del tercer tipo (máquinas informáticas y computadores), definiría una nueva forma socioeconómica capaz de producir *dividuales* utilizando el lenguaje digital específico de este tipo de máquinas.

Sin embargo, este desplazamiento de la fábrica a la empresa no debe considerarse de forma contingente, ya que refleja todo un cambio en los procesos económicos contemporáneos. Se trata de un sistema capitalista

orientado hacia la superproducción, es decir, un capitalismo dispersivo concentrado en el mercado que vende servicios y compra acciones. De este modo, esta subjetivación económica depende de una subjetivación social que redefine al hombre no en términos de “reproductor discontinuo de energía” sino como un hombre “más bien ondulatorio, permanece en órbita, suspendido sobre una onda continua” (p. 283), en definitiva, ya no un “hombre atrapado” sino un “hombre endeudado”. Tal como lo caracteriza Maurizio Lazzarato (2013), el hombre endeudado es una forma particular del *Homo economicus* que se superpone a las relaciones capital-trabajo, Estado benefactor-usuario y empresa-consumidor. Este individuo se sabe libre en tanto que sus actos constituyen un “modo de vida” que reafirma la lógica de la deuda, del crédito y del reembolso. Su marco de acción está limitado por su capacidad de endeudamiento y por la promesa de pago. La relación acreedor-deudor, inscrita en objetos cotidianos como la tarjeta de crédito, transforma al portador en un deudor permanente, un “hombre endeudado” de por vida. Este proceso de subjetivación implica que el individuo fabrica su subjetividad, memoria y conciencia en la esfera de las obligaciones de la deuda, haciéndose responsable de la misma frente a su acreedor.

La lectura de Deleuze sobre Foucault resulta incompleta (Rodríguez, 2019) al desconocer el trabajo sobre la gubernamentalidad y las tecnologías neoliberales de gobierno (Castro-Gómez, 2015), que daría cuenta de varios elementos de las sociedades de control, especialmente, de la cuestión de la seguridad y sus formas de inteligibilidad. En esta perspectiva, me gustaría ir a las categorías de biopolítica y gubernamentalidad para dilucidar los tipos de formas de captura y producción de lo humano y su relación con los modos contemporáneos de subjetivación.

Biopolítica y gubernamentalidad

La cuestión de la polisemia conceptual

De la amplia producción intelectual de Michel Foucault, tal vez sea la década del setenta uno de los periodos más revisitados por los

comentaristas del filósofo. Particularmente, sus análisis sobre el poder-saber en clave de biopolítica y gubernamentalidad han cobrado, en las últimas tres décadas, una relevancia especial en el campo de los estudios políticos y sociales contemporáneos, al punto de *fundar disciplinas de estudio* en torno a la gubernamentalidad —los llamados Governmentality Studies (Burchell *et al.*, 1991)— o bien producir “efectos de lectura” susceptibles de crear un “paradigma biopolítico” en la Italian Theory o *Differenza Italiana*, constituida por Giorgio Agamben, Roberto Esposito y Toni Negri (García López, 2010).

Se trata de desarrollos teóricos que, partiendo del gesto filosófico de Foucault, le dan largas a sus análisis arqueológicos y genealógicos sobre las formas de gestión y de gobierno de la razón de Estado y su tránsito a técnicas propias del liberalismo y el neoliberalismo en los siglos XX y XXI. Lo cierto es que lo dicho por Foucault no está exento de cierta ambigüedad, dado el registro abierto e inacabado en que se desarrollaron sus cursos en el Collège de France, sobre todo aquellos que atañen a la emergencia de la biopolítica y la gubernamentalidad entre 1977 y 1980.

Biopolítica y gubernamentalidad son vistas como dos categorías de análisis sobre las que es posible trazar “mapas conceptuales” (Bazzicalupo, 2010), así como analizar su riqueza y problematicidad semántica (Salinas, 2014a). Más allá de concebirlas como nociones independientes e incluso opuestas, habría que ver en ambas el despliegue de apuestas investigativas que responden a intereses específicos que Foucault explicita en sus cursos y obras. En este sentido, la biopolítica y la gubernamentalidad se inscriben en una matriz conceptual compleja donde se implican el poder, el saber y la objetivación y subjetivación del sujeto, en tanto cuerpo individual y colectivo (población), disciplinado y regulado; pero también como conducta eventual, posible y actual sobre la que se gestionan las emociones, los pensamientos y las pulsiones vitales.

Edgardo Castro (2008) insiste en el carácter polimorfo de la biopolítica: no existe una concepción unívoca del término, no se trata de una categoría historiográfica general, ni, mucho menos, la biopolítica designaría

“la superación de una época dominada por la soberanía o por las disciplinas” (p. 191). Tal parece que el estatuto del que goza la biopolítica en el panorama de la filosofía política contemporánea ha sido funcionalizado por el “campo de análisis cultural”, que lo inhibe de toda potencialidad crítica y le resta importancia a la materialización de las tecnologías de poder en relación con los estratos del saber en un momento histórico determinado, tal como lo hace Foucault en sus análisis.

Por otra parte, Adán Salinas (2014a) señala por lo menos tres momentos en los que la biopolítica se despliega en la obra de Foucault. Un primer momento de enunciación, en las conferencias de Río de 1973 y 1974, se da en torno a la formación del discurso y el establecimiento progresivo de la biopolítica como objeto de análisis en tanto gobierno de los cuerpos, una “somatocracia” o control social ejercido sobre los individuos a través de sus cuerpos, vinculada al desarrollo del capitalismo. En este contexto, “la biopolítica es una tecnología de gobierno propia del capitalismo y a la vez una condición para su desarrollo” (p. 106). En un segundo momento, marcado por *Defender la sociedad* (1975-1976) y *La voluntad de saber* (1976), la biopolítica se presenta como una “estatización de lo biológico, tanto del cuerpo individual de los sujetos como de las condiciones biológicas de la población” (p. 106). Aquí, la formación de una “policía biológica del Estado” hace emparentar esta noción con el biopoder, esto es, un poder sobre la vida que opera sobre los cuerpos individuales (anatomopolítica) y sobre la regulación de las poblaciones (biopolítica): la anatomopolítica comportaría un carácter marcadamente disciplinario como tecnología de gestión del poder sobre los cuerpos; mientras que la biopolítica designaría otro tipo de tecnologías, llamadas ahora reguladoras, vinculadas a nuevas racionalidades políticas. Finalmente, un tercer momento, el de *Seguridad, territorio, población* (1977-1978) y *El nacimiento de la biopolítica* (1978-1979), en el que la biopolítica supondría una “gubernamentalización de la vida”, esto a partir de tecnologías reguladoras ya no emparentadas con la lógica disciplinaria y los dispositivos jurídicos, sino con la economía política y los llamados “dispositivos de seguridad”.

La sinopsis del concepto de biopolítica hecha por Salinas le permite señalar que se trata de un “discurso en transformación”, donde se describen una serie de tecnologías cambiantes que no pueden adjudicarse a cualquier organización social histórica. La biopolítica no refiere, entonces, a una tecnología del poder inmutable y transhistórica o a una serie de formaciones históricas que se suceden en una progresión continua, antes bien, se trata de un “léxico operativo”, de “herramientas conceptuales” que hacen parte de una investigación inacabada, poco divulgada o con distorsiones en su divulgación.

Por su parte, para Santiago Castro-Gómez (2015) “el concepto de biopolítica es *provisional* en la obra de Foucault y cumple la función de ‘puente’ entre el modelo bélico y el modelo gubernamental” (p. 65). La tesis del filósofo colombiano sostiene que, aunque la noción de biopolítica o biopoder posee un indudable valor conceptual y aunque Foucault tenía la intención de dedicar dos de sus cursos a desarrollarla, finalmente optó por concentrarse en el análisis de la gubernamentalidad. Esta decisión se explica, según él, porque la gubernamentalidad y las tecnologías políticas de gobierno —objeto central de dichos cursos— operan como condición de posibilidad (2015, p. 57) del biopoder. En este sentido, dado que Foucault empleó de manera intercambiable los términos “biopoder” y “biopolítica”, se puede afirmar que fue a través del estudio de la gubernamentalidad como el filósofo francés buscó esclarecer los fundamentos mismos de la biopolítica.

Lo humano en la biopolítica y la gubernamentalidad

En efecto, en *La voluntad de saber*, Foucault (2007) describe la emergencia en el siglo XVII de un poder político cuya principal tarea es la administración de la vida. Se trata de un biopoder que se manifiesta en dos polos de desarrollo. Un polo centrado en el cuerpo como máquina: “Su educación, el aumento de sus aptitudes, el arrancamiento de sus fuerzas, el crecimiento paralelo de su utilidad y su docilidad, su integración en sistemas de control eficaces y económicos” (p. 168); este polo hace uso de

procedimientos de poder característicos de las disciplinas, una *anatomo-política del cuerpo humano*. El otro polo del biopoder surgió a mediados del siglo XVIII: “Fue centrado en el cuerpo-especie, en el cuerpo transido por la mecánica de lo viviente y que sirve de soporte a los procesos biológicos” (p. 168) y se vincula a “intervenciones y controles reguladores”, una *biopolítica de la población*. En este contexto, la biopolítica se asume como uno de los polos del biopoder centrado en la población y vinculado a su vez con las disciplinas del cuerpo.

No habría que perder de vista que esta forma particular de poder que opera sobre la vida y la invade completamente como una tecnología anatómica y biológica hace parte de la configuración epistémica en torno al hombre descrita por Foucault en *Las palabras y las cosas* (2010) y, en ese sentido, hace parte de la construcción física, material, institucional, jurídica, económica y social de lo humano, entendido como aquello que es atravesado y constituido fundamentalmente por el *bios*, como ser viviente por procesos biológicos y anatómicos, así como disciplinado, normalizado, regulado, potenciado para efectos de la producción económica: “Ese bio-poder a no dudarlo, un elemento indispensable en el desarrollo del capitalismo; este no pudo afirmarse sino al precio de la inserción controlada de los cuerpos en el aparato de producción y mediante un ajuste de los fenómenos de población a los procesos económicos” (Foucault, 2007, p. 170).

La biopolítica designa así el hecho inédito del reflejo de lo biológico en lo político, la vida misma se sujeta al control del saber y la intervención del poder; la biopolítica es “lo que hace entrar a la vida y sus mecanismos en el dominio de los cálculos explícitos y convierte al poder-saber en un agente de *transformación de la vida humana*” (p. 173).

Lo humano es producido y transformado por intervenciones y controles reguladores a lo largo de su “ciclo vital”. No obstante, no habría que entender la biopolítica desde un marcado biologicismo como “políticas de carácter médico biológico”, sino como “un modo de *acción y racionalidad política que actúa como productor de formas de vida*” tal

como señala Salinas (2014b, p. 3), quien no duda en caracterizar a la precariedad como un rasgo fundamental de una “biopolítica neoliberal” que asume el “ciclo vital de la población [...] y la administración de sus necesidades de subsistencia a través de sistemas generales” (p. 3). Desde la infancia a la vejez, el ciclo vital de los individuos se asume como una mercancía “mediante la incorporación de los medios de subsistencia a los sistemas de seguridad social y la posterior transformación de estos sistemas en sistemas de capitalización individual y crédito” (2014a, p. 6): la escolarización, la *formación de sí como capital humano*, la vida laboral, la seguridad social, el sistema pensional, los sistemas de adquisición de educación y vivienda vinculados a sistemas de cotización y crédito a largo plazo, etc., todo hace parte de “módulos económicos” según la etapa del ciclo vital, que, a su vez, se ven reestructurados bajo la lógica de los sistemas de seguridad neoliberales (p. 19).

Según Castro-Gómez (2015), a partir de 1978, Foucault retoma sus planteamientos sobre la biopolítica a partir del concepto de gubernamentalidad, esto es, de una racionalidad política concreta, la razón de Estado, cuyo objeto de gobierno es la población. Esta “es un conjunto de *procesos* (no de personas), y el ‘arte de gobernar’ debe conocer estos procesos a fondo con el fin de generar técnicas específicas que permitan gobernarlos” (p. 63). La población designa así una “realidad dinámica” que exige técnicas y saberes expertos, pues no solo se administra, se regula y se gestiona la vida de lo humano como ser viviente, sino, además, las relaciones de dicha vida con su “medio de existencia”.

Justamente en *Seguridad, territorio y población*, Foucault (2006) amplía el marco de análisis de sus investigaciones al examen histórico de la formación de la población como campo de intervención gubernamental y, en este contexto, plantea su noción de gubernamentalidad:

Por gubernamentalidad entiendo el conjunto constituido por las instituciones, los procedimientos, análisis y reflexiones, los cálculos y las tácticas que permiten ejercer esa forma bien específica, aunque muy compleja, de poder que tiene por blanco principal la *población*, por forma mayor

de saber la *economía política* y por instrumento técnico esencial los *dispositivos de seguridad*. (p. 136)

Así entendida, esta racionalidad del poder que opera mediante el Gobierno integraría a la biopolítica, pero no se restringiría a ella. Las variables biológicas como la salud, la higiene y la natalidad, es decir, las prácticas de interés público orientadas a políticas demográficas y de medicina social o salud pública —uno de los aspectos de la biopolítica— hacen parte ahora de una racionalidad política, la “razón de Estado”, que les permite operar en función de tácticas y estrategias específicas orientadas por tecnologías de gobierno.

Si en un momento la biopolítica estuvo vinculada con la disciplina como anatomopolítica del cuerpo humano, en el marco de la gubernamentalidad ahora tiene una estrecha relación con el Gobierno y los llamados “dispositivos de seguridad”, cuya racionalidad no se orienta a la prohibición soberana o a la normalización disciplinar de las actividades económicas, sino a la gestión de “series abiertas” mediante el “cálculo de probabilidades”. Se trata de una forma de readecuación de las relaciones de poder que se orienta sobre el medio con el que se relaciona y se modula un individuo, se produce lo humano. Así lo caracteriza Castro-Gómez (2015): “Gestión de ‘series abiertas’ y de acontecimientos probables, e intervención no directa sobre el cuerpo (como hacen los mecanismos disciplinarios), sino *indirecta*, mediante la creación de un ‘medio ambiente’ [*milieu*] artificial que busca favorecer y regular cierto tipo de movilidad y de conducta” (p. 75).

La gubernamentalidad, vista desde los dispositivos de seguridad, está relacionada no solo con la gestión biológica de la población, sino con el medio ambiente con el que esta vive. Busca normalizar “las condiciones de la conducta”, afectar las “condiciones de vida de una población” mediante la producción técnica de un medio para ejercer un gobierno económico. Los dispositivos de seguridad se orientan entonces a la intervención y creación de un medio para modificar sus determinantes

biológicas y favorecer la multiplicación de la potencia de la vida; parten de acontecimientos y se dirigen a las poblaciones (Castro-Gómez, 2015).

Lo humano es producido en tanto cuerpo especie, sometido a un ciclo vital y a su vez en tanto población en relación con un medio; lo humano es gobernado en sus deseos e intereses, inducido en su circulación, gestionado en sus opiniones. En particular, los análisis sobre el neoliberalismo como tecnología (racionalidad) de gobierno que parte de la capacidad de acción de los gobernados, propiciarán el advenimiento de una forma de lo humano que transforma el *Homo economicus* (el agente racional y egoísta de la teoría neoclásica económica), el neoliberalismo norteamericano y la teoría del “capital humano” que hace del sujeto un “empresario de sí mismo”: “el sujeto como singularidad maquina que produce los medios para su propia satisfacción” (p. 207). Por último, Castro-Gómez no duda en señalar la existencia de una “biopolítica neoliberal” que no solo abarca las variables biológicas, sino que interviene molecularmente “en la vida íntima de las personas”, pues sus estrategias se orientan “a la optimización de sí mismo como máquina productora de capital” (p. 210) y su objetivo es el “gobierno de la intimidad”.

Biopolítica y gubernamentalidad en las sociedades de control

Una nueva experiencia de la cultura con sus propios modos de subjetivación

Las cuestiones que se plantean cuando hablamos de una “nueva experiencia de la cultura” son, de hecho, bastante inciertas. Sin embargo, gracias a nuestro cuestionamiento de los ejes del saber, el poder y la subjetivación “modernos”, es posible sostener que nuestra experiencia contemporánea de la cultura ya no es —y hace mucho dejó de ser— la de una sociedad disciplinaria.

¿Nos enfrentamos ahora a la producción masiva de individuos autómatas como en la sociedad disciplinaria del siglo XIX? Desde luego

que no. Pero ¿podemos afirmar que las formas de subjetivación propias de la disciplina han desaparecido en las sociedades contemporáneas? Tampoco. En nuestra opinión, no existe ninguna ruptura importante entre las formas disciplinarias de subjetivación y las formas de control, sino más bien una relación de correlación necesaria y de irreductibilidad definitiva.

Desde esta perspectiva, el análisis de Maurizio Lazzarato (2014) sobre el papel del capitalismo en la constitución de las formas contemporáneas de subjetivación resulta pertinente. Basándose en el trabajo crítico sobre el capitalismo realizado por Gilles Deleuze y Félix Guattari en la década de 1970, el filósofo italiano identifica perspectivas que problematizan y complican la lectura de Foucault sobre las formas contemporáneas de subjetivación.

En efecto, según Guattari, el proyecto central de la política capitalista consiste en la articulación de los flujos económicos, tecnológicos y sociales con la producción de subjetividad, de tal manera que la economía política es idéntica a la “economía subjetiva”, es decir, a la forma de producción de lo humano. Por lo tanto, es inútil e imposible separar los procesos económicos, políticos y sociales de los procesos de subjetivación que los acompañan. La crisis económica trae consigo una crisis de subjetividad, en la medida en que la economía y la constitución ético-política de los individuos van de la mano.

Hoy asistimos a la cristalización de un nuevo paradigma subjetivo propiciado por el capitalismo. El “capital humano” y el “empresario autónomo” no son más que modelos de un sujeto económico impuesto a partir del cual podemos identificar un número considerable de formas de subjetivación, siendo una de las más extendidas la del “hombre endeudado”. Pero ¿cómo produce el capitalismo esta subjetivación?:

El capitalismo se caracteriza por un doble régimen de subjetividad, la sujeción —centrada en la subjetividad del sujeto individual— y la servidumbre, que implica una multiplicidad de subjetividades y proto-subjetividades humanas y no humanas. Aunque heterogéneos, estos dos regímenes o

procesos de subjetividad son complementarios, interdependientes y contribuyen al funcionamiento del capitalismo. (Lazzarato, 2014, p. 26)

El capitalismo es un “operador semiótico” y como tal moviliza “semióticas significantes” y “semióticas asignificantes” dirigidas a la subjetivación y desubjetivación del sujeto. Es un dispositivo que comprende dos lógicas heterogéneas y complementarias en las que los signos actúan como “operadores-signos” que entran directamente en el flujo de materiales y en el funcionamiento de las máquinas, a saber, la “sujeción social” (*assujettissement social*) y la “servidumbre maquinaica” (*asservissement machinique*).

Así lo señalan Deleuze y Guattari (2004):

Nosotros distinguimos como dos conceptos, la *esclavitud maquinaica* y la *sujeción social*. Hay esclavitud cuando los hombres son piezas constituyentes de una máquina, que componen entre sí y con otras cosas (animales, herramientas), bajo el control y la dirección de una unidad superior. Y hay sujeción cuando la unidad superior constituye al hombre como un sujeto que remite a un objeto que ha devenido exterior, tanto si ese objeto es un animal, una herramienta o incluso una máquina: en ese caso el hombre ya no es una componente de la máquina, sino obrero, usuario... está sujeto a la máquina, y ya no esclavizado por la máquina. Lo que no quiere decir que el segundo régimen sea más humano. Pero el primer régimen parece remitir fundamentalmente a la formación imperial arcaica: en él los hombres no son sujetos, sino piezas de una máquina que sobrecodifica el conjunto (es lo que se ha llamado esclavitud generalizada, por oposición a la esclavitud privada de la antigüedad, o a la servidumbre feudal). (pp. 461-462)

Como hemos visto, en la lectura que hace Foucault de los modos de subjetivación en la sociedad disciplinaria, la sujeción social se refiere a la atribución de una subjetividad individual, una identidad portadora de un género, una nacionalidad, una profesión siempre vinculada a un lugar con un papel asignado según la división social del trabajo. En este sentido, la sujeción social produce un “sujeto individuado”, un individuo con su propio comportamiento, representaciones y conciencia.

Además, al pertenecer al régimen del lenguaje, los procesos de subjetivación implicados en la sujeción social están atravesados por la producción de significados, interpretaciones y discursos que gestionan y racionalizan la conducta de los individuos. Sin embargo, esta tecnología del poder disciplinario no se limita a él; por el contrario, también interactúa con los dispositivos materiales del poder, como las máquinas. Existe, por tanto, una relación entre las técnicas de manipulación de los objetos y las técnicas de dominación, que se traduce en una modificación de la conducta individual, tanto en términos de aptitudes como de actitudes. En resumen, el sometimiento social produce un sujeto en relación con un objeto externo: máquinas, dinero, servicios, etc.

Lejos de referir a las mismas disposiciones materiales de la sujeción social, “la servidumbre maquínica desmantela el sujeto individuado, la conciencia y las representaciones, actuando tanto en el nivel pre-individual como en el supraindividual” (Lazzarato, 2014, p. 12). La servidumbre maquínica opera en una dinámica dispar. Dirigida a desobjetivar al individuo, esta tecnología lo considera un engranaje, una parte integrante de los conjuntos del sector financiero, los medios de comunicación, el Estado del bienestar y sus instituciones colectivas como las escuelas, los museos, la televisión, internet, etc. De este modo, la servidumbre puede entenderse como el control y la regulación de máquinas técnicas y sociales.

Si la sujeción produce un “individuo”, se supone que la esclavitud lo convierte en un “dividual” que desempeña una función específica, del mismo modo que un componente no humano pertenecería a una máquina. Para nosotros, aquí es donde entra en juego un aspecto fundamental de esta categoría de esclavitud: el tipo de relación que los sujetos establecen con las máquinas. Ya no se trata de una relación de oposición a las máquinas externas, sino de correlación. “Máquinas-humanas” sería el nombre de estos aparatos en los que “dividuos” y máquinas son partes intercambiables de la producción, la comunicación y el consumo:

La servidumbre maquínica activa fuerzas prepersonales, precognitivas y preverbales (percepción, sentido, afectos, deseo), así como fuerzas suprapaper-

sonales (sistemas maquínicos, lingüísticos, sociales, mediáticos, económicos, etc.), que, más allá del sujeto y de la máquina, son los medios de producción, comunicación y consumo.), que, más allá del sujeto y de las relaciones individuadas (intersubjetividad), multiplican las posibilidades. (p. 31)

Cuando se trata de servidumbre ya no hay un “yo”, solo “dividuales”. El sujeto deja de ser un referente y se convierte en un punto de unión y requerimiento, un *input* y un *output* desviados por los flujos de los procesos económicos, sociales y comunicativos gestionados por la servidumbre. De este modo, todos los componentes de la subjetividad (inteligencia, afecto, sensación, cognición, memoria, fuerza física) como partes también de esta máquina, serían modulados en función de cada dispositivo particular de subjetivación (medios de comunicación, corporaciones, Estado).

Es a partir de una nueva semiología que Lazzarato intenta explicar cómo funcionan los signos en la economía, en los dispositivos de conocimiento y en los procesos de subjetivación. De este modo, la experiencia de la cultura de las sociedades de control, y, en particular, las formas de subjetivación que de ella se derivan, se inscriben en una compleja tecnología de poder orientada a la subyugación social y a la esclavización maquínica. En este campo estratégico, las empresas y los medios de comunicación son vistos como agencias materiales de poder, y la tecnología de la información y el *marketing* como estratificaciones del conocimiento que regulan su práctica. Por último, en cuanto a sus modos de subjetivación:

El desempleado, el obrero, el telespectador, el ahorrador, etc., no solo están sometidos a técnicas “pastorales” de individualización (Foucault), sino a verdaderas máquinas de subjetivación y desubjetivación. En el capitalismo, los procesos de subjetivación y desubjetivación son tan maquínicos como la producción de cualquier otro tipo de mercancía industrial. (p. 48)

Biopolítica molecular y gubernamentalidad algorítmica

Pablo Rodríguez (2019), el filósofo argentino, retoma los cabos sueltos de Foucault y las pistas adelantadas por Deleuze para inventariar

el *a priori* histórico de nuestra época, sus formaciones discursivas y la emergencia de una *nueva episteme posmoderna*, relacionada con las sociedades de control en la que se configuran saberes, formas de poder y modos de subjetivación. Ello redundará en formas de ejercicio del poder como *la biopolítica molecular y la gubernamentalidad algorítmica*.

El *a priori* histórico se sitúa desde mediados del siglo XVIII, contemporáneo pues a la episteme moderna, con el surgimiento de la estadística, el público y las utopías de la comunicación en un proceso de autonomización y de formalización de los signos hasta su conversión en información, que pasa por la señal-código, la computabilidad y la teoría matemática de la información, hasta derivar en “formaciones cibernético-sistémicas”.

En cuanto a las formaciones discursivas articuladas al *a priori* histórico de esta nueva época, la cibernética —estudio de la comunicación y control en los animales, seres humanos y máquinas— y la teoría general de los sistemas —estudio de los principios aplicables a los sistemas de cualquier nivel en todos los campos del conocimiento— se constituyen en sus nuevas ciencias y suponen una forma particular comprensión de la relación de la biología, la psicología y las ciencias sociales. Así se obtiene una visión unificada al punto de establecer un plano ontológico en el que la vida y lo humano se descentran y se reconfiguran en función de conceptos rectores claves: la comunicación, la información, la organización y el sistema, que constituyen “un nuevo campo de objetos posibles”. Por su parte, los términos programa, código y teleonomía apuntan a la “dispersión máxima del lenguaje” y su desantropologización, además de vincularse en nuevas formaciones discursivas correlativas a la comunicación, la información, la organización y el sistema.

A los saberes y los discursos con pretensión científica de la biología (genética, inmunología, neurociencias), la antropología (proxémica, kinésica), la sociología (teoría de los sistemas, interaccionismo, teorías de la sociedad de la información), la psicología (terapia sistémica) y las ciencias cognitivas, se suman sus objetos empíricos:

Los *genes* para la biología molecular, las *neuronas* para las ciencias cognitivas y las neurociencias, el *gesto* para la kinésica, la *sociedad posindustrial* para los discursos sobre la sociedad la información, la *pauta comunicativa y de interacción* para la psicología sistémica y el interaccionismo simbólico, los *códigos de la cultura* para la proxémica, los *linfocitos* para la inmunología y los *sistemas y subsistemas sociales* para la teoría sociológica de los sistemas. (Rodríguez, 2019, p. 115)

Además de estas ciencias y objetos empíricos transversales, Rodríguez (2019) postula unas “ciencias posthumanas”, evidencias de la “caducidad de lo humano” no solo por un agotamiento epistémico en el siglo XX, sino por la nueva apuesta epistemológica de la cibernética y la teoría general de los sistemas. A esto se suman los desarrollos de la filosofía de la técnica en cuanto a la relación hombre-máquina y, por supuesto, la materialidad de las máquinas de información.

El filósofo argentino señala justamente que se trata de ciencias posthumanas por cuanto pertenecen a un momento en el que la información disuelve las oposiciones entre lo humano y la máquina. A diferencia de las ciencias de la episteme moderna, que tuvieron que apartarse de la matemática y la formalización para darle forma a la figura del hombre, estas ciencias posthumanas restablecen su relación con las ciencias naturales y exactas. Las ciencias posthumanas están vinculadas así con una episteme posmoderna marcada por la posibilidad de traducir todo a lenguajes de máquina. Las ciencias posmodernas apoyadas en el lenguaje “logran hacer del lenguaje una posibilidad de transferencia del ser humano a la máquina” (Rodríguez, 2019, p. 337), hacen aparecer el lenguaje en “el seno de lo maquínico”.

Gubernamentalidad algorítmica

La comunicación, el desarrollo de internet, la sofisticación de las computadoras, la explosión de los dispositivos celulares y el advenimiento de las redes sociales sostienen, según Rodríguez (2019), la “movilidad conectiva” y la “redificación de la vida social” en las sociedades de control mediante la interactividad, esto es “la interacción activada por tecnología”

(p. 355) y constituyen el “teatro de lo digital”. En ello se despliega una forma de vigilancia “distribuida e inmanente” que no tiene un carácter disciplinario ni estatal, sino que tiende a exteriorizar la intimidad y la privacidad de los individuos en un fenómeno de autovigilancia compartida socialmente.

Redes sociales como Instagram, Twitter y Facebook constituirían una *nueva esfera pública*, donde la polivalencia táctica de los discursos es más que evidente y la modulación de la opinión y percepción está al orden del día. Dicha polivalencia refiere al carácter variable de los discursos y al hecho de que estos pueden provenir de distintos frentes estratégicos, incluso contradictorios. En esta perspectiva, el perfil, más que denotar la información personal de un individuo, expresa “las relaciones entre individuos”; el perfil interactúa con otros perfiles y alimenta una masa de datos que luego permite identificar la “probabilidad de manifestación de un factor (comportamiento, interés, trazo psicológico) en un cuadro de variables” (Bruno citado en Rodríguez, 2019, p. 357).

“Puede denominarse proceso de *gubernamentalidad algorítmica* a aquello que transcurre en la vigilancia distribuida e inmanente a través de los perfiles en redes” (p. 359). El autor acude a la noción planteada por Rouvroy y Berns para describir un proceso en tres fases:

- Datavigilancia (*dataveillance*): recopilación y conservación automática de datos.
- Minería de datos (*datamining*): explotación y análisis automatizado de la información recabada para buscar correlaciones sutiles, que derivan en un perfil.
- Anticipación de los comportamientos individuales (*datanticipating*).

Además, esta gubernamentalidad algorítmica opera en una “espacialidad informatizada” (geolocalización) que se despliega al ritmo de una temporalidad real anidada en una viralidad.

En definitiva, “la gubernamentalidad algorítmica sería un cierto tipo de racionalidad (a)normativa o (a)política que reposa sobre la re-

colección, la agrupación y el análisis automatizado de datos en cantidad masiva de modo de modelizar, anticipar y afectar por adelantado los comportamientos posibles” (Rouvroy y Berns citados en Rodríguez, 2019, p. 361). Se trata, entonces, de una racionalidad del poder que gobierna las conductas, y, de acuerdo con Foucault (2015) en una de sus últimas conceptualizaciones del poder en los años ochenta, “opera sobre el campo de posibilidad en donde viene a inscribirse el comportamiento de sujetos actuantes [...] el ejercicio del poder consiste en ‘conducir conductas’ y en disponer la probabilidad” (p. 334).

En nuestra actualidad pareciera entonces que lo humano designa a aquello que constantemente es modulado en una fragmentación infinita gestionada por la axiomática del capitalismo y una racionalidad del poder que lo gobierna mediante su autoafirmación y la práctica de su libertad de elegir, consumir e identificarse como un gesto, un rasgo, una afección, un emoticón o un simple “me gusta” en una plataforma de *streaming* como Netflix, en un sitio web como YouTube o en una aplicación como Spotify o TikTok.

Biopolítica molecular

Siguiendo a Nicolas Rose y Paul Rabinow, Pablo Rodríguez (2019) caracteriza al tipo de biopolítica que opera en la actualidad como “molecular”, toda vez que el panorama de la biología sufrió grandes transformaciones en el siglo XX (genética, inmunología, neurología), especialmente porque se produjo una separación gradual entre el cuerpo y la vida, donde esta es maquinizada, tecnificada por las tecnologías de la información, desnaturalizada, lingüistizada y desacralizada.

La molecularización de la vida trae consigo modos de subjetivación que no solo operan en los cuerpos, las moléculas y los cerebros, sino que implican, además, un ámbito biopolítico en el que cada gesto, práctica y signo constituyen *bio-selfies*, una forma de teatralización de la subjetividad en la escena biopolítica contemporánea. Las cirugías estéticas y su relación con la inmunología constituyen la primera *selfie* gracias

a la inmunología y su ingreso al cuerpo a nivel de sus tejidos, células y moléculas. Los tratamientos inmunitarios que previenen al cuerpo de enfermedades autoinmunes y que posibilitan el trasplante de órganos y la generación de prótesis orgánicas, paradójicamente: “También permiten la entrada de siliconas, hilos de oro, bótox y otras sustancias, muchas de ellas orgánicas y semiorgánicas, posibilitando un tipo de experimentación con el cuerpo que antes estaba limitado al alma” (p. 409).

El cuerpo sufre una transformación radical y deviene un “campo variable de experimentación” al punto tal que se habla de “material humano” para referir “los líquidos, sustancias y piezas que provienen de seres humanos” y que permitirán “curar y volver a dar vida, crear individuos e incluso inventar nuevas formas de lo humano” (Iacub citado en Rodríguez, 2019, p. 410). Existe entonces una biomasa constituida también por elementos no vivientes o que se intervienen con biotecnologías para mantenerlos en estado vivo que constituyen “cuerpos-extendidos” y que se interponen en la relación entre cuerpo y vida.

La hegemonía de las neurociencias y su manejo mediante imágenes diagnósticas y psicofármacos propios de la psiquiatría neuroquímica es otra de las *bio-selfies* restituida por Rodríguez (2019), quien señala al respecto:

A fuerza de tomografías, de imágenes del cerebro que trazan las vías de los flujos neuroquímicos y de drogas de diseño que inciden de modo cada vez más específico en cada uno de ellos, se instala el supuesto de que, por ejemplo, la depresión es algo dependiente del nivel de serotonina en las sinapsis neuronales. (p. 413)

Una tercera *bio-selfie* se constituye por *la genética y su relación con la biología molecular*, por los grandes desarrollos respecto a los “organismos genéticamente modificados” y por la “lógica del riesgo y la prevención” que domina su capacidad para “señalar los peligros futuros”. La crioconservación de óvulos, semen, embriones o células madre pensando en los riesgos del porvenir o la intervención precoz al envejecimiento del cuerpo mediante el consumo de antioxidantes y suplementos multivitamínicos, evidencian como la vida es desligada de la temporalidad del cuerpo.

La biopolítica molecular —caracterizada por Rodríguez— está directamente relacionada con un “dispositivo de salud” cuyo objetivo es la “medicalización indefnida de la sociedad”: una de sus caras es el “esparcimiento de la vida entre los cuerpos y las moléculas”, su otra cara orientada a los modos de subjetivación refiere al “salutismo”, la búsqueda de una buena salud responsabilidad del individuo o “la idea de la salud propia como una empresa” (Lupton citado en Rodríguez, 2019, p. 425). Dicho dispositivo “promete la restitución de lo original” y comporta tres niveles, según Rose:

- Las biomásas (óvulos, tejidos, órganos, fragmentos de ADN, etc.) se someten a un proceso de molecularización que las priva de sus “afinidades específicas” para convertirlas en “unidades manipulables y transferibles” de un organismo, individuo o patología a otro.
- Entre la biomasa circulante y los individuos aparece toda una serie de expertos, terapeutas, asesores, consejeros.
- Las responsabilidades estatales en la administración de la salud pública son asumidas por comités de ética, clínicas, laboratorios y empresas privadas, además de estar reguladas por estándares y valores de referencia internacionales.

Esta forma de biopolítica molecular es subsidiaria de un proceso de “informacionalismo”, esto es la “adopción por parte de los saberes biológicos de las teorías de la información” (p. 430) que aporta el sustento ontológico según el cual hay información en las neuronas, los linfocitos y los genes que puede ser procesada, recepcionada, intervenida y reconfigurada. En esta perspectiva, la biopolítica molecular no solo gestiona lo humano, sino todos los fenómenos vivientes y, en tanto tal, su objetivo ya no es la especie, el cuerpo-especie, sino la “condición molecular”, por ejemplo, la biología sintética. Así mismo, los modos de normalización de esta biopolítica que opera los fenómenos vivientes, tienen que ver ahora con la optimización que supone una transformación de los organismos vivos buscando reconfigurar los procesos vitales, con el fin de maximizar su funcionamiento y resultados.

A modo de cierre

La cuestión de lo humano, que se aborda a lo largo del texto, pone de manifiesto una serie de transformaciones históricas, conceptuales y políticas que evidencian su constante resignificación ante los desafíos contemporáneos. Desde las ideas de Nietzsche sobre la domesticación del ser humano hasta las críticas arqueológicas y genealógicas de Foucault, se hace evidente que lo humano no es una esencia fija, sino una construcción sujeta a límites, rupturas y mutaciones que responden a matrices epistémicas y tecnológicas específicas. Sin embargo, sería interesante explorar si existe una base ontológica que, a pesar de los cambios y rupturas, se mantenga en la definición de lo humano. ¿Hay alguna línea común que atraviese estas diversas configuraciones y que otorgue continuidad a la noción de lo humano?

La aparición de las nociones de biopolítica y gubernamentalidad, tal como las desarrolla Michel Foucault, introduce una nueva forma de entender las relaciones entre saber, poder y vida. La biopolítica no solo se refiere al control disciplinario del cuerpo individual, sino también a la regulación de la vida de las poblaciones, colocándolas en el centro de las estrategias del poder moderno. Sin embargo, sería relevante discutir las posibles limitaciones del concepto de biopolítica de Foucault: ¿existen formas de poder que no encajan del todo en esta categoría? Por su parte, la gubernamentalidad amplía esta perspectiva al incluir la racionalidad económica y los dispositivos de seguridad como elementos clave para la gestión de conductas y entornos.

El análisis de las sociedades contemporáneas revela la transición de las sociedades disciplinarias hacia las sociedades de control, donde las formas de subjetivación ya no se articulan exclusivamente en torno a espacios de encierro, sino a través de dispositivos flexibles y omnipresentes que fragmentan y modulan la subjetividad. La figura del “hombre endeudado”, analizada por Maurizio Lazzarato ejemplifica una nueva configuración en la que el individuo se convierte en un empresario de sí mismo, atrapado en una lógica constante de rendimiento y competitividad. Sin embargo,

se podría cuestionar si esta figura sigue siendo adecuada para describir la diversidad de formas de subjetivación actuales, especialmente, ante nuevas economías emergentes o alternativas de organización social.

La biopolítica molecular y la gubernamentalidad algorítmica, conceptos contemporáneos derivados de los planteamientos de Foucault y ampliados por autores como Pablo Rodríguez, evidencian cómo las tecnologías de información, la biología molecular y los algoritmos crean nuevos modos de control y producción de lo humano. En este contexto, la vida se moleculariza y se convierte en un campo de experimentación biomédica y biotecnológica, mientras que los algoritmos modulan conductas y anticipan comportamientos en una esfera digital marcada por la vigilancia distribuida.

En resumen, el texto muestra que la pregunta por lo humano sigue siendo fundamental, pero debe abordarse desde una perspectiva crítica que considere los desplazamientos epistemológicos, las transformaciones tecnológicas y las nuevas formas de poder que configuran nuestras sociedades. Ante la captura biopolítica y gubernamental de la vida, es necesario pensar en prácticas de resistencia y modos alternativos de subjetivación que permitan reimaginar lo humano más allá de las lógicas de control y explotación actuales al punto de abandonar totalmente dicha noción. Esto implica fomentar formas de colectividad que desafíen la atomización neoliberal, así como revitalizar la esfera pública para la deliberación crítica y la construcción de proyectos emancipadores. También es crucial desarrollar estrategias que promuevan la autogestión de la salud, la tecnología y el conocimiento, resistiendo la mercantilización de estos ámbitos. Es importante resaltar el valor de los afectos, el cuidado y la solidaridad como fundamentos para reconfigurar una subjetividad que no esté sujeta a las exigencias del rendimiento y la hipercompetencia.

Al proyectar el análisis hacia el futuro, es esencial reflexionar sobre cómo las nuevas formas de tecnología y poder seguirán influyendo en las configuraciones de lo humano. La inteligencia artificial, la biología sintética y las tecnologías de vigilancia avanzada presentan desafíos que

podrían intensificar el control biopolítico y gubernamental. Sin embargo, también podrían abrir la puerta a nuevas oportunidades para la resistencia y, ¿por qué no?, la emancipación, un tema que apenas comenzamos a explorar hoy en día.

Además, es relevante investigar cómo los movimientos sociales, las prácticas artísticas y las iniciativas comunitarias pueden ofrecer alternativas valiosas ante las capturas tecnopolíticas actuales. Estas manifestaciones podrían ayudar a crear formas indóciles de subjetivación y generar nuevos imaginarios sobre lo humano que no estén definidos únicamente por la lógica del control y la explotación. En estos espacios de experimentación y creatividad podría surgir una superación de lo humano, capaz de desafiar las estructuras dominantes y abrir nuevas posibilidades para la vida en sociedad.

Referencias bibliográficas

- Bazzicalupo, L. (2010). *Biopolítica. Un mapa conceptual*. Melusina.
- Burchell, G., Gordon, C. y Miller, P. (eds.). (1991). *The Michel Foucault effect: Studies in governmentality. With two lectures by and an interview with Michel Foucault*. University of Chicago Press.
- Castro, E. (2008). Biopolítica: de la soberanía al gobierno. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 34(2), 187-205.
- Castro-Gómez, S. (2015). *Historia de la gubernamentalidad I: razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Siglo del Hombre; Pontificia Universidad Javeriana-Instituto Pensar; Universidad Santo Tomás.
- Deleuze, G. (2009). Post-scriptum sobre las sociedades de control. En Autor, *Conversaciones 1972-1990*. Pre-Textos.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2004). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos.
- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad: curso en el Collège de France (1975-1976)*. FCE.
- Foucault, M. (2001a). L'homme est-il mort. En Autor, *Dits et écrits I. 1954-1975* (pp. 568-572). Gallimard.
- Foucault, M. (2001b). Entretien avec Madeleine Chapsal. En Autor, *Dits et écrits I. 1954-1975* (pp. 541-546). Gallimard.

- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio y población: curso en el Collège de France (1978-1979)*. FCE.
- Foucault, M. (2007). *Historia de la sexualidad I: la voluntad de saber*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2010). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2015). El sujeto y el poder. En J. Yágüez (ed.), *La ética del pensamiento: para una crítica de lo que somos* (pp. 317-342). Biblioteca Nueva.
- García López, D. (2010). Prólogo: Estado de derecho, capitalismo y biopolítica. En L. Bazzicalupo, *Biopolítica, un mapa conceptual* (pp. 11-38). Melusina.
- Lazzarato, M. (2013). *La fábrica del hombre endeudado, ensayo sobre la condición neoliberal*. Amorrortu.
- Lazzarato, M. (2014). *Signs and machines. Capitalism and the production of subjectivity*. Semiotext(e).
- Lemm, V. (2010). Política y promesa. En Autor, *La filosofía animal de Nietzsche: cultura, política y animalidad del ser humano*. Universidad Diego Portales.
- Lemm, V. (2013). Nietzsche y el umbral biológico de la política moderna: Foucault y la cuestión animal. En Autor, *Nietzsche y el pensamiento político contemporáneo*. FCE.
- Muñoz, D. (2018). Crisis del humanismo y posthumanidades. En M. Prada y L. Cruz (eds.), *Presente y futuro de las humanidades* (pp. 39-54). Bonaventuriana.
- Nietzsche, F. (2016a). De la genealogía de la moral. En Autor, *Obras completas: escritos de madurez II y complementos a la edición* (vol. IV). Tecnos.
- Nietzsche, F. (2016b). Así habló Zaratustra. En Autor, *Obras completas: escritos de madurez II y complementos a la edición* (vol. IV). Tecnos.
- Nietzsche, F. (2016c). Más allá del bien y del mal. En Autor, *Obras completas: escritos de madurez II y complementos a la edición* (vol. IV). Tecnos.
- Raffin, M. (2023). Derivas de la biopolítica en la arena actual: las nociones de colonialidad y decolonialidad a partir de Michel Foucault. *Meridional*, 19, 25-54. <https://doi.org/10.5354/0719-4862.2022.68526>
- Revel, J. (2008). *Dictionnaire Foucault*. Ellipses.
- Rodríguez, P. (2019). *Las palabras en las cosas: saber, poder y subjetivación entre algoritmos y biomoléculas*. Cactus.
- Salinas, A. (2014a). *La semántica biopolítica: Foucault y sus recepciones*. CENALTES.
- Salinas, A. (2014b). Vidas precarias y ciclo vital. *Escrituras Aneconómicas*, (5). <https://bit.ly/47vJj7l>
- Wotling, P. (2013). *Le vocabulaire de Nietzsche*. Ellipses.